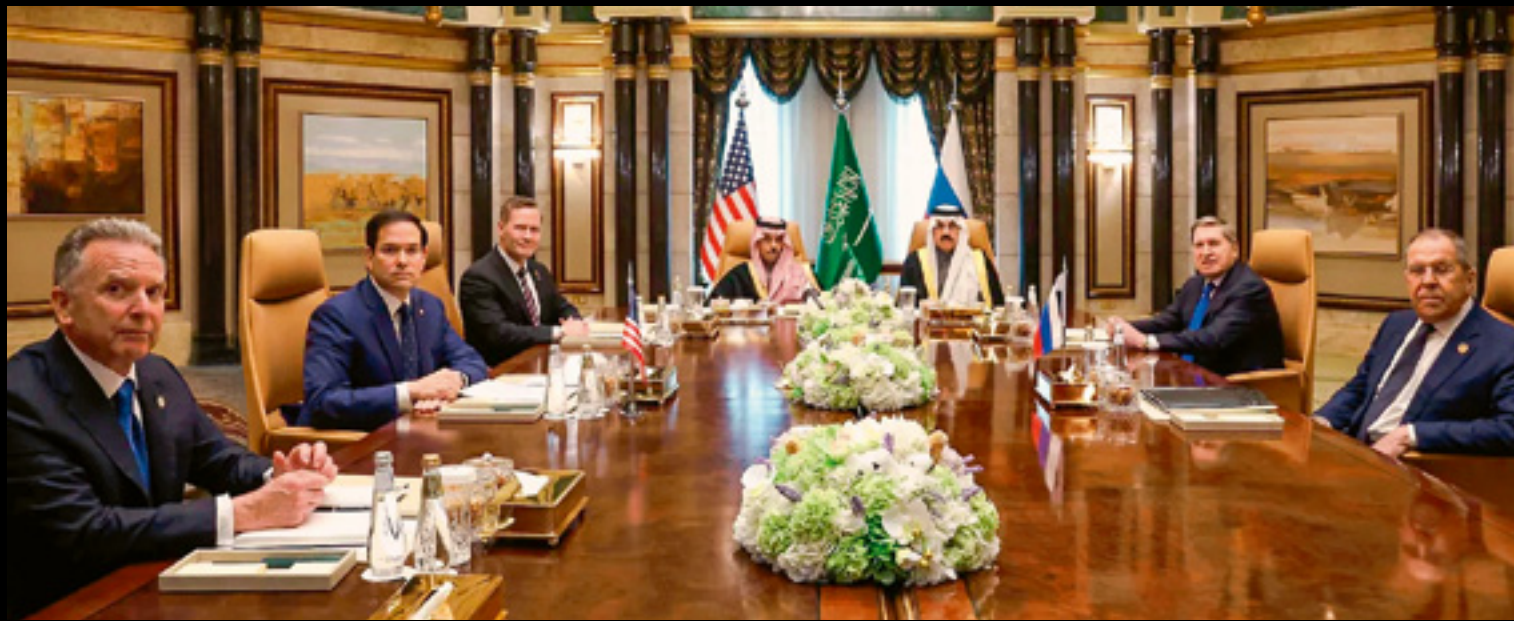




Múnich, 14 de febrero © Ukrainian Presidential Press Service



París, 17 de febrero © DPA / Europa Press



Riad, 18 de febrero © Evelyn Hockstein / Reuters

Los imperios inciertos Uncertain Empires

La presidencia imperial de Donald Trump se inauguró con una secuencia de órdenes ejecutivas orquestadas como *coups de théâtre*, firmadas con los trazos vigorosos y arriscados de una signatura hiperbólica y expuestas al público o a las cámaras en *performances* dignas de una bienal artística. Estas salvas de artillería reguladora se acompañaron de reclamaciones territoriales sobre Groenlandia, el canal de Panamá e incluso Canadá; de amenazas arancelarias a China, sus vecinos americanos, Europa y al cabo el resto del mundo; y de declaraciones, decretos e indultos que ponen en riesgo la democracia estadounidense y el orden liberal internacional. Ha sido una salida en tromba tan hiperactiva que ni siquiera ha respetado el sacrosanto ciclo de las noticias, y que se ha rematado con sendas propuestas para los dos grandes conflictos en curso: tras al alto el fuego de Gaza, reconstruir la Franja como un *resort* mediterráneo, mientras se trasladan dos millones de palestinos a Egipto o Jordania; y terminar con la guerra de Ucrania reabriendo el diálogo con la Rusia de Putin, en una negociación que excluye a Kiev y Bruselas.

Los perfiles inquietantes del asalto estadounidense a un orden global basado en reglas, y su fractura del vínculo atlántico, ya expresado en la apertura de una guerra comercial con la Unión Europea, se manifestó dramáticamente el 14 de febrero en la Conferencia de Seguridad de Múnich, donde el vicepresidente J.D. Vance puso en cuestión los valores de las democracias europeas, lamentó el retroceso en ellas de la libertad de expresión, y manifestó apoyo a los partidos de extrema derecha del continente, por ser los que más rotundamente se oponen a la inmigración. Múnich evoca inevitablemente el acuerdo de 1938 por el que el Reino Unido y Francia abandonaron Checoslovaquia a su suerte, en aras del *appeasement* de Hitler, acaso no muy diferente del apaciguamiento de Putin entregándole el futuro de Ucrania, como parece desprenderse de las declaraciones públicas de los líderes estadounidenses, y la respuesta de Europa al ‘Múnich’ de Trump no fue sino una reunión convocada por Macron en París el 17 de febrero que solo sirvió para constatar las diferencias entre los participantes y al cabo la impotencia del continente.

En esta nueva etapa imperial, las incertidumbres no se limitan a la cartografía de las áreas de influencia de las superpotencias o a su número, porque si para muchos el G-20 ha dado lugar a un G-2 con EE UU y China, el arma nuclear y los once husos horarios de una Rusia que es también un poder ártico le otorgan un protagonismo reconocido por Trump, cuyo secretario de Estado Marco Rubio se reunió en Riad el 18 de febrero con Serguéi Lavrov, ministro de Exteriores ruso, para hablar de Ucrania, cerrando así una semana que ha hecho girar el mundo sobre sus goznes. La principal incertidumbre de esta hora reside en si surgirá un nuevo orden global y una gobernanza planetaria que regule los flujos económicos, arbitre los conflictos y canalice los movimientos migratorios, o si por desgracia estas convulsiones son únicamente el preludio de futuras fracturas sociales e ideológicas. No sabemos si estas reuniones son un Yalta 2.0 o un Múnich 2.0, y no es fácil predecir si estos sismos geopolíticos dejarán en su estela un orden diferente del actual, o si quizá el pronosticado desorden que viene está ya con nosotros.

Luis Fernández-Galiano



© AFP

The imperial presidency of Trump was inaugurated with a sequence of executive orders orchestrated like coups de théâtre, signed off with the bold strokes of a hyperbolic signature and exposed in performances worthy of an art biennial. These salvos of regulatory artillery came with territorial claims over Greenland, the Panama Canal, and even Canada; tariff threats on China, its American neighbors, Europe, and the rest of the world; and with declarations, decrees, and pardons that threaten U.S. democracy and the international liberal order. It has been such a hyperactive start that he has not even respected the news cycle, and which has been rounded off with proposals for the two main ongoing conflicts: after the ceasefire in Gaza, rebuilding the Strip as a Mediterranean resort, while two million Palestinians are moved to Egypt or Jordan; and ending the Ukraine war by reopening the dialogue with the Russia of Putin, in a negotiation that leaves out Kiev and Brussels.

The outlines of the U.S. assault on a global order based on rules, and its fracture of the Atlantic link, already shown by the opening of a commercial war with the EU, was clearly expressed on 14 February at the Munich Security Conference, where vicepresident J.D. Vance questioned the values of European democracies, regretted the retreat in them of free speech, and supported the continent's far-right parties, as they are the most strongly opposed to immigration. Munich evokes the agreement of 1938 by which the United Kingdom and France left Czechoslovakia to its fate for the sake of Hitler's appeasement, perhaps like today's effort to please Putin by handing him Ukraine's future, as seems implied by the public statements of U.S. leaders. Sadly, Europe's response to the 'Munich' of Trump was simply a meeting convened by Macron in Paris on 17 February, and that only served to highlight the differences among participants and ultimately the continent's impotence.

In this new imperial era, the uncertainties are not limited to the mapping of the areas of influence of the superpowers or to their number, because if for many the G-20 has given rise to a G-2 with the U.S. and China, the nuclear weapons and the eleven time zones of a Russia that is also an Arctic power give it a prominence acknowledged by Trump, whose Secretary of State Marco Rubio met in Riyadh on 18 February with Russia's Foreign Minister Sergey Lavrov to talk about Ukraine, closing a week that has shaken the world. The main uncertainty now is whether we will see the emergence of a new global order to control economic flows, arbitrate conflicts, and channel migration, or if unfortunately these convulsions are only a prelude to future social and ideological fractures. We do not know if these meetings are a Yalta 2.0 or a Munich 2.0, and it is not easy to foresee if these geopolitical tsunamis will leave in their wake an order different to the current one, or if the predicted coming disorder is already with us.